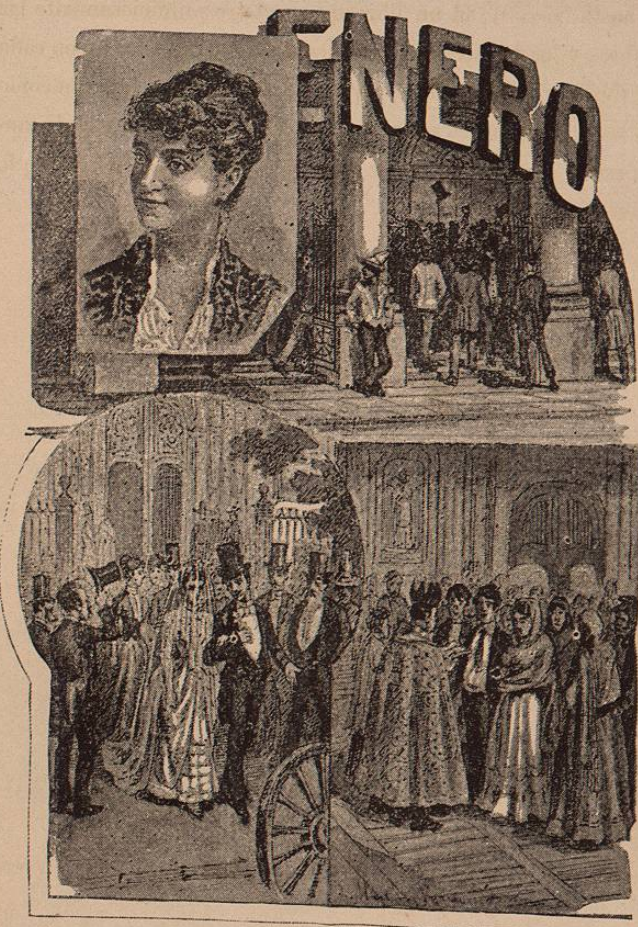


tarde y en los años venideros, desarrollar y dar cuerpo á este bosquejo, hasta hacer de él un libro que registre minuciosamente las costumbres y los hechos más notables de la vida mexicana, en cada uno de esos períodos de tiempo que se llaman años, y que son como los postes del camino de nuestra existencia, que indican la distancia recorrida, pero jamás la que falta para llegar á la region de lo eternamente desconocido.





## LA PATTI Y LA BERNHARDT.



AS postrimerías de 1886 (q. e. p. d.) fueron arrulladas por cantos de ruiseñor.

La Patti había pisado, veinticuatro horas antes, ese elegante Coliseo que estrenó en 1843 un célebre violinista, y que se ha llamado Teatro Santa-Anna, de Vergara, y hoy Nacional.

El solo anuncio de la llegada de la Patti produjo algo como un delirio. Todos querían conocer á la *diva* que empuñó (téngase presente el tiempo del verbo que empleamos), el cetro de la escena lírica en Europa. Los papás prometieron llevar á las hijas como premio de buena conducta, y las rapazuelas protestaban romper con sus osos cursis si eran llevadas á los conciertos de la Patti.

Pero la diva fué un baño ruso para el público.

Vamos á explicarnos. Primero el público sudó, se acongojó para tomar localidades, cuando un Mr. Mayer anunció abierto el abono. Gritos, palos, empellones, todo sufrió el buen público, y de repente (aquí entra la ducha), Mayer desapareció, resultando que ni era representante de la Patti ni mucho ménos.

Todavía hay quienes creen que ese Mayer no vino á ser sino una gran *reclame*, calumnia por cierto . . . . . pero eso pasó en Diciembre de 1886, respetemos á los muertos.

Vino por fin la Patti, como vienen los grandes cantantes á América, en su decadencia. Solo vino á dar conciertos, y cuando quiso dar una ópera completa, *El Barbero*, aquello fué un cataclismo.

La Patti, por su voz excepcional, por su figura simpática y adorable, parecida á la de la mujer que más hemos amado, ha recorrido un ciclo de triunfos, de ovaciones y de dominios. Hoy que las galas de la juventud la empiezan á abandonar, que su órgano privilegiado se resiente de los años y del *comfort*, aun puede avasallar orejas salvajes y corazones impresionables. Para eso hizo su última *tournee* en América.

Lo saben todos. La Patti, aunque nacida de padres italianos en Madrid, comenzó su carrera en Nueva York, y hubiera venido á México con un célebre empresario, Max Marezeck, el que estrenó en nuestro Teatro Nacional "*El Profeta*," en 1861, en compañía de Fanny y de Inés Natally, si los relatos de ladrones no la hubieran atemorizado.

Aquel empresario vino, y ¡qué espléndida temporada nos dió! Vino entónces la célebre contralto D'Angri, y de los bastidores del Nacional, convertidos en *foyer* para los vencedores de Calpulalpam, salía Leandro Valle para perecer en las Cruces; Altamirano para pronunciar sus juveniles discursos en el Congreso; Constantino Es-

calante, para dibujar alguna de sus más espirituales caricaturas; Prieto para cantar en el cementerio de San Fernando á algun asesinado por las hordas reaccionarias; y á la noticia de algun revés en el Monte de las Cruces ó de algun triunfo del Gral. Diaz en Pachuca ó Jalatlaco, el público pedía los *cangrejos*, y todos los escuchaban de pié.

Titania, la espiritual Titania, aun debe recordar aquellos dias . . . .

Pero la Patti no vino, habia volado á Europa, y allí comenzó una carrera vertiginosa de triunfos.

Venció en la escena, y un chambelan de Napoleon le dió su mano. Desgraciada alianza, que la ley Naquet pudo romper, y que fué reemplazada por otra nacida del corazon, con el tenor Nicolini.

La vida privada del artista importa poco. Solo diremos que la Patti, más feliz que la Malibran, ha podido, gracias á los progresos de la legislacion, encontrar lo que el vulgo llama su *media naranja*. Su *ex-marido* lleva la vida de los *decavés* sociales en ese cerebro y vientre del mundo que se llama Paris, y ella, rica, feliz, y aún conquistando triunfos, puede todavía entusiasmar públicos que desdeñó en su juventud, y que de seguro apreciará hoy por las ovaciones que le hicieron en Enero de 1887.

Solo se debe agregar, para hacer una crónica fiel, que el solo nombre de la Patti convirtió el expendio de billetes para el Nacional en una especie de juego de bolsa. Esto era una novedad compensada por la emocion que traía á la mente la presencia del Maestro Arditti, que vino con la Patti, y cuyo wals *Il Baccio*, arrulló nuestros primeros dias de adolescencia.

La Patti es la última de las *divas* que han venido á nuestro país.

En la niñez casi, vino la *Malibran* con su padre Manuel Garcia, allá por los años de 1827 á 1830, al Teatro Principal. Murió joven y reina del arte, y mereció, despues de muerta, la mayor ovacion á

que podía aspirar una artista, las estrofas que le dedicó el más humano de los poetas de nuestro siglo, Alfredo de Musset.

Dicen que la Malibran enloqueció de amor á Bellini, y que ella misma murió víctima de su pasión por aquella alma henchida de ternura. Esos seres del tiempo de la Restauración en Francia, hay que estudiarlos en Balzac y en Standhal. Todavía entonces iban los extranjeros á París á recibir emociones y no sensaciones.

No haremos aquí la lista de todas las divas que han venido á nuestros teatros, solo recordaremos que entre nosotros vivió y murió víctima del cólera, la Sontag, condesa Rossi. Su cámara mortuoria fué una habitación del Hotel del Bazar, y su cadáver, aún tibio, fué llevado al extinguido cementerio de Santa Paula, y poco después, en calidad de depósito, al de Veracruz, y definitivamente á Italia.

### SARAH.

La vimos por primera vez en el teatro francés y en la *reprise* de Hernani, allá por 1877. Era una noche fangosa de París, una de esas noches como las que describe Musset en su *Epître á Lamartine*. La casa de Molière estaba resplandeciente. Un perfume femenino embriagaba la atmósfera, las pecheras blancas reflejaban los quemadores de gas, un cuchicheo, mezcla de impaciencia y discreción, murmuraba en la sala hasta que se levantó el telón, después de los tres golpes tradicionales. . . . La voz de aquella artista, voz solo comparable al golpe del cristal sobre una copa de oro, había quedado grabada en nuestros oídos en la forma escultural de los versos de Víctor Hugo. Esa impresión no quedó defraudada cuando, cinco años más tarde, la vimos de nuevo en el Real de Madrid hacer

*La Dama de las Camelias* con Damala. Y eso que el Real es un teatro impropio para el verso, como lo es nuestro Nacional. Los detalles, las inflexiones de voz se pierden, y solo pueden servir para los actores gritones del teatro español, exceptuando al único discreto que hemos conocido, á Emilio Mario.

El público de Sarah no fué tan numeroso como el de la Patti; como no se trataba de gorgoritos, ni de halagar el oído sino la inteligencia, muchas damas se retrajeron. . . . además, se había gastado tanto con la Patti. . . . se trataba de un idioma extranjero. . . . se iba á llorar. . . . En fin, no faltaron pretextos á la ignorancia y al mal gusto.

Otro tanto sucedió cuando vino Adelaida Ristori; hubo noche que el Nacional estuvo vacío; y eso que era la gran trágica rival de Rachel, la Lady Macbeth de Shakspeare, y sin embargo, los *perros que hablaban* del Principal, estaban llenos. Fué preciso que la Ristori, que acababa de dar con escaso público su mejor creación, á nuestro juicio, *Isabel de Inglaterra*, anunciase un melodrama: *María Antonieta*, para que el vulgo fuese á verla. Nuestro público no debe haber cambiado mucho, puesto que esta táctica teatral aún surte efecto á Manuelito Estrada, al que Dios nos libre de comparar en nada con Adelaida Ristori.

Para que se vea palpablemente la ignorancia de una parte del público, vamos á referir un hecho que acaba de pasar con Sarah.

Anunció que iba á poner en escena la *Fedra*, de Racine. Gran grito de los iconoclastas, *El Trait d'Union* protestó. Se maldijo



el género antiguo. Sarah desistió del género clásico y dió, en cambio, un drama hecho para un público *cursi*: *Le Maître des forges*. Hubo lleno completo.

Pocas noches despues apareció en *Adriana Lecouvreur*, y cuando recitó en el cuarto acto un trozo de *Fedra*, el teatro cimbró con los aplausos y bravos arrancados por el talento trágico de la actriz incomparable que ha perpetuado la tradicion de su tia la gran Rachel.

Los inocentes no habian comprendido que esa manera de decir el verso, de hacer gustar el alejandrino frances desde la primera hasta la última escena de *Fedra*, los hubiera conmovido más que las pastosas escenas del *Maître de Forges*.

Otra obra no comprendida fué la *Sphynx* de Octave Feuillet. La que sí gustó, quizás por su aparato escénico, fué la *Teodora* de Sardou.

Esta obra fué la que mejor ha marcado para nuestro público actual (que aquel que vió á la Ristori casi ha desaparecido), la diferencia que existe entre la tragedia antigua y la nueva escuela francesa.

La convencion tiende á desaparecer, lo natural se busca como el mejor medio de ir directamente al corazon de los espectadores. El aparato escénico traslada al espectador gastado á un medio excepcional y apropiado. Embarga la imaginacion ó encadena al simplemente erudito. *El arte por el arte* en los accesorios, y la musa trágica, imponente y severa siempre, y que busca encadenar los sentidos de los gastados y escépticos. Hé aquí el conjunto.

No es este ya, de seguro, el arte de Talma y de Maiquez; ya no existen políticos que citen á Corneille; pero el teatro en esta su nueva faz se ha vuelto más humano, y al ser más complejo en sus recursos, sintetiza mejor. Hoy no se grita, al ménos por los buenos actores, en escena.

Alguien decia al ver á Sarah, que hablaba en escena como si estuviese en la casa; es cierto, pero para producir ese efecto se necesita poseer un arte muy raro, la *difícil facilidad* de que hablaba Moratin.





## COMO SE CASAN EN MÉXICO.



MÉXICO no tiene ya su fiesta de Reyes. Pocos cortan el tradicional pastel, y hasta los bailes de compadres se han ido olvidando.

Antes era de ver cómo se entusiasmaban los contertulios de unas posadas para el famoso baile de compadres, y qué semillero de intrigas, de emociones, de esperanzas, de noviazgos deshechos ó reconciliados, se agitaba y bullia en cada casa. Pero ya eso pertenece á las costumbres del tiempo viejo; hoy nuestro mes de Enero no ha tenido, para divertir la monotonía de sus *chipi-chipi*, sino las notas angelicales de la Patti, la voz robusta y apasionada de la Schalchi, la más grande contralto que hemos visto despues de Elena D'Angri, muerta últimamente en Barcelona . . . y hasta una riña de las divas, con sus estrujones, entre bastidores.

Los pacíficos burgueses suelen también hacer una excursión á Veracruz, y por unos cuantos días ven el *Océano inmenso*, comen pescado fresco, sudan como endiablados, y recorren, en vertiginosa y fantástica carrera, los espléndidos panoramas del Chiquihuite, Metlac, Orizava y Maltrata. Ven un pedazo del mundo, aunque bien pequeño . . . . . y al fin han viajado, aunque no en tren expreso, porque todos los del Ferrocarril Mexicano son mixtos. Algo es algo, porque ántes esos mismos burgueses, apénas si iban á Tlalpam ó á la Villa de Guadalupe. Eso era allá en los tiempos de Su Alteza Serenísima, y en pesados é incómodos vehículos.

\* \* \*

Es curioso de notarse que en Enero recrudezca el afán de casarse. ¿Acaso el invierno relativo de nuestra Mesa Central reconcentrará el fuego en los corazones?

El hecho en sí es moral, y libreme el cielo de burlarme de él. Al contrario; cuántas veces he visto con punzante emoción una de esas bodas de pobres artesanos, al pasar por una parroquia de barrio. Pobre y sencillo es el aparato, los monaguillos descuidados; la limpieza es la única gala de los trages, y las flores naturales los únicos adornos. La ceremonia dura poco; como que los novios pagan poco, pocos son también los asistentes, es decir, los más íntimos, y alguno que otro circunvecino.

Allí, puede decirse, que el amor preside, porque, francamente, se necesita estar muy enamorado para afrontar con un mísero salario la familia del futuro. Pero en medio de esa inconsciencia, ¿serán más felices los que así se unen, que aquellos para quienes suena majes-

tuoso el órgano de Santa Brigida, San Bernardo ó Santa Teresa, en un trance semejante? Pudiera ser.

Id, en cambio, á ver una boda del *high life*; el incienso barre las naves en penumbra; los cirios resplandecen; la novia, envuelta en albo trage, marcha con aire de triunfo en medio de los invitados correctamente vestidos en *toilette de ville*, porque ya solo los peluqueros van de frac á los casamientos, con excepcion del novio y padrinos. Despues de la ceremonia, vienen las felicitaciones, luego la partida en un coche, con caballos adornados de azahares, la visita á Valletto, el artista del gran mundo, y despues . . . despues, las murmuraciones, los chistes de los concurrentes, el exámen de los trages, y como final, un párrafo en las charlas de Juvenal.

Bien es cierto que á los novios les importa muy poco todo esto, y ni lo presentirán cuando entren á su anhelado nido; pero para un espectador frío y sereno, deben ser todas aquellas murmuraciones una saludable lección. Yo lo digo por mí; cuando he pensado en que podía casarme (á cualquiera le pasan estas cosas), me ha acariciado la idea de una blanca capilla, cuyo campanario dora la luz del alba, una mística penumbra, unos cuantos corazones míos, arrojados en otros tantos bultos imperceptibles y discretos, un sollozo ahogado de ternura de quien yo me sé, y oír el sonido de una humilde esquila, el perfume del campo y el olvido, aunque momentáneo, de estas luchas de la vida y de estas aprensiones del cerebro . . .

En fin, yo siempre recuerdo con terror estas frases que puse en boca de un personaje de una comedia mia: "Aquellos cuchicheos de los invitados y sus comentarios, son terribles: *está pálida*, dicen unos; *viene temblando*, agregan los otros; *quién fuera ella*, dicen las pollas; *quién fuera él*, los pollos; y mientras que las madres cuentan las peripecias del día en que se casaron, no falta algun novio, que asustado ó envidioso, se pasea por las pilastras del templo. Sí, prima,

el matrimonio puede ser una tragedia, pero siempre empieza por un sainete.”

¡Ah, no! Yo prefiero la capilla humilde de mis castillos en el aire, mi alborada del campo, y como dice uno de nuestros grandes poetas:

“ El sol de la mañana  
detrás del campanario,  
chispeando las antorchas,  
humeando el incensario,  
y abierta allá á lo léjos  
la puerta del hogar . . . .”



## EL PAVIMENTO DE LA CIUDAD.



ALLÁ, en un tiempo, cuando Dios quería, esta buena ciudad de los palacios no sabía lo que era empedrado, ni policía pública; los patios del Palacio estaban convertidos en vendimia, y á un lado de las fiambreras estaba la cárcel, sobre la cárcel el Virey con sus alabarderos, y enfrente la horca y la picota.

La acequia recorría como una gran culebra la ciudad; todavía se conserva en la nomenclatura de las calles los sitios en que algun puente facilitaba el paso, y el Virey y la Vireina iban, desde la esquina sur del Palacio al Coliseo, en canoa. En cuanto á alumbrado, ni se soñaba en él. Cada vecino se hacia alumbrar por sus criados, cuando iba á cosa buena, y por su estrella, cuando andaba en picos pardos.

Para consuelo de los que nos quejamos hoy, hé aquí una descrip-